

públicas, soberanía popular)? Ninguna. No obstante, aunque sólo fueron informadas *post festum*, el conjunto de esas fuerzas aceptó sin reservas el hecho consumado y sus direcciones se aplicaron a legitimarlo. Consecuentemente, se convirtió en principio general que reivindicar la soberanía territorial argentina sobre las Malvinas y convalidar el Operativo y sus consecuencias era una sola y la misma cosa. Cada cual proyectó sus propias expectativas sobre la fórmula de mayor circulación en esos días, «después del 2 de abril, ya nada será igual». Así, la lógica de la guerra se apoderó tanto del gobierno como de la oposición, pero mientras el primero recuperaba con ella el centro de la iniciativa política, la segunda sólo obtenía promesas indefinidas y una mayor tolerancia para exponer sus puntos de vista. Cualquier demanda para alterar aspectos sustantivos del régimen no alcanzaba otro eco que el llamado a la «unión sagrada», en virtud de la cual todo debía ser prorrogado. La permanencia de Roberto Alemann, la víctima segura de la «economía de guerra» según aquellos para quienes «todo había cambiado», fue acaso el índice más claro de la resolución con que los dueños del poder estaban afeerrados a sus objetivos y para nada dispuestos a que se los trabajara de apuro.

Los que creyeron —porque querían o necesitaban creer, como fue el caso de la mayoría de los participantes en la Multipartidaria— que el éxito del Operativo tendría como función proporcionar a los jefes militares un repliegue honroso a los cuarteles, después de haber concertado la institucionalización con los dirigentes civiles, tardarían en comprender que el oportunismo y la complacencia con la aventura militar, rendía muy pocos frutos. Porque en los despachos oficiales se elaboraban ideas diferentes acerca del uso que podía tener el «consenso nacional» y su rumbo en la posguerra. ¿Acaso la carta de las Malvinas había sido jugada para entregar después el gobierno a alguna de las fuerzas de la Multipartidaria?

V

En cuanto a los que se propusieron reapropiarse del conflicto para darle una orientación radical, asimilándolo a una guerra de liberación nacional, únicamente lograron encrespar sus propias declaraciones. Quienes dis-

ponían del poder no sólo tenían otras ideas respecto del sentido y los límites que debía tener el conflicto, sino también los medios que el poder, precisamente, confiere para implantarlos. Todos los llamados a emprender la expropiación de las firmas de capital británico y norteamericano estaban destinados a caer en el vacío: esas medidas hubieran introducido la división y la ruptura no ya con el imperialismo, sino con el bloque social, reducido pero poderoso, sobre el cual se había asentado el Proceso de Reorganización Nacional. Es decir, hubieran constituido no la «profundización» sino la negación misma del Operativo Malvinas, cuya virtud radicaba justamente en su capacidad para incluir a todos, aun a los abogados nativos del *lobby* británico. El *leit-motiv* oficial —que Gran Bretaña defendía militarmente una concepción «anacrónica»— revelaba con toda elocuencia los límites dentro de los cuales el régimen situaba el conflicto. La legitimación del discurso antimperialista y la ampliación de la tolerancia ideológica no alteraban esos límites, aunque así lo creyera un abstracto voluntarismo que se obstinaba en reafirmar consignas sin posibilidades de concreción. Quienes aseguraban que sólo había que contar con los «hechos», no con las intenciones, contaban en realidad con la voluntad ajena y creían empujar cuando iban a la cola. La guerra de palabras que se libró lejos del frente únicamente sirvió para ocultar el curso objetivo del enfrentamiento bélico real que se desarrollaba en el sur. En el eufórico mes de abril, Adolfo Pérez Esquivel estuvo entre los pocos que dijeron públicamente lo esencial: había que evitar el camino de la guerra, rechazar la mediación de Haig y colocar la negociación en los organismos internacionales; todos los problemas del pueblo argentino seguían en pie.

VI

¿No se deja así de lado el imperialismo, la prepotencia británica y la corresponsabilidad de su socio yanqui en la expedición punitiva de la Navy? En realidad, fue lo único que resultó claro en todo el conflicto, aunque no hubiera en ello nada de «anacrónico». Asimismo, quedó claro cuál es el lugar de la Argentina en el escenario internacional, cuál es su área de pertenencia y dónde puede encontrar sus aliados si busca realizarse como nación independiente, no alineada en la confrontación este-oeste.

Pero el pueblo no necesitaba pagar por esta lección un precio tan alto. ¿A quiénes podía sorprender la actitud recalcitrante de la señora Thatcher, sino a aquellos que celebraron su ascenso al poder en 1979 y creían que bastaba el lazo del anticomunismo para borrar las «jerarquías» entre naciones centrales y periféricas? ¿Quién podía dudar sobre la elección que haría la administración Reagan si se la colocaba en la situación de optar entre el régimen militar de un país dependiente y su principal aliada europea en la estrategia de la guerra fría? Sólo aquel que había dispuesto convertir a la Argentina en un gendarme regional del «occidentalismo» y creía que ello era mérito suficiente para obtener el tratamiento de aliado «grande». De la vanidad de estas ilusiones alojadas en la cúpula, el pueblo habría de ser la víctima, no el beneficiario.

Pero la lección más profunda de la guerra de las Malvinas acaso sea ésta: sólo la recuperación de la soberanía popular permitirá articular las reservas antimperialistas de la sociedad argentina e inscribir en una política exterior coherente la solidaridad que la reivindicación de las Islas ha obtenido siempre en América Latina y el bloque de los no alineados. La disgregación del régimen militar que sobrevino tras la caída de Puerto Argentino, ha abierto la posibilidad de la democratización del Estado y la vida pública, de las instituciones políticas y sindicales, de los órganos de la cultura. Se trata nada más que de una posibilidad. Su realización requiere la voluntad de las fuerzas populares y democráticas para dismantelar la máquina autoritaria que asfixió durante décadas la existencia de la nación y cuyo desarrollo y funcionamiento alcanzó en los últimos seis años los extremos del horror. Los círculos dominantes del *establishment* han hallado en esa máquina, alojada en el corazón del estado, los medios para volver al poder u obstruir los proyectos adversos a su hegemonía. La democratización es, pues, un trayecto cuyo recorrido difícilmente sea apacible porque hay poderosos obstáculos para ello en la sociedad y en el Estado. Pero no hay otro camino tampoco para la «cuestión nacional»: la historia de nuestro país la ha anudado inextricablemente con la «cuestión democrática» y ninguna puede resolverse verdaderamente sin la otra.

Carlos Altamirano

Polémica con Julio Cortázar

Exilio y literatura

Fui amiga personal de Cortázar, lo admiré y lo sigo admirando como escritor; me alegré, con los de mi generación, cuando optó por el socialismo. Todo lo cual no me impidió disentir con él en una circunstancia histórica concreta. La muerte de Cortázar, que fue vivida por mí como algo desoladoramente injusto e irreparable, no me hace arrepentirme de esa disensión. Creo en la polémica y en la pasión por las ideas; creo, también, que con el enemigo real no se polemiza. Con Pinochet, con Videla, toda controversia sería inimaginable (casi resulta inimaginable que tengan alguna idea). Por otra parte, la última vez que Cortázar estuvo en Buenos Aires modificó sus conceptos sobre lo que había llamado «genocidio cultural en la Argentina» y nos prometió, a la gente de El Ornitorrinco, un diálogo. Diálogo que no pudo cumplirse: Cortázar murió dos meses después.

(L. H.)

En los últimos tiempos —y según ciertos enfoques más emotivos que rigurosos— los escritores argentinos damos la impresión de no ser más individuos diversos, discutibles en tanto escritores, conscientemente inmersos o no en nuestra realidad; un milagro ha borrado los matices; hoy somos una especie de abstracción que cabría dentro de una de estas dos categorías neoplatónicas: radicados en el exterior, lo que equivaldría a «condenados fatalmente a vivir lejos de la patria», o radicados en la Argentina, lo que equivaldría a «mártires o

muertos en vida»¹. No discuto que, en muchos casos, la difusión de este esquema responda a un propósito de solidaridad intelectual. Tampoco discuto que se origine en situaciones individuales bien concretas. Lo que pongo en duda es que la situación general del escritor argentino —que, por ejemplo, no es exactamente igual a la del escritor paraguayo o chileno; que tiene características, problemas y salidas propios y que por lo tanto exige que se lo analice en su peculiaridad— dudo, decía, que esa situación encaje en el esquema consignado. Y también pongo en duda la eficacia histórica de erigir masivamente en víctimas a los artistas e intelectuales de cualquier país.

En primer lugar, esto proporciona una coartada y justifica la inacción; si estamos afuera, el exilio por sí mismo ya supone una «causa» e implica una «protesta» ¿para qué intentar algo más? Si estamos en el país, la realidad nos impone el silencio; nada podemos hacer, sin contar con que «ya cargamos con nuestra cruz» por el simple hecho de estar acá. En segundo lugar, este esquema postula implícitamente el congelamiento de la cultura nacional, su imposibilidad absoluta de desarrollarse en —contra— una nueva circunstancia histórica y, en consecuencia de incidir sobre esa circunstancia en el exterior; la fatalidad misma del exilio impondría la desvinculación con el proceso cultural argentino; en la Argentina, el medio nos obligaría a la parálisis.

Un artículo publicado por Julio Cortázar en la revista colombiana *Eco* (N.º 205, noviembre de 1978), contribuye —no intencionalmente pero de manera decisiva— a este esquema. Que Cortázar sea uno de nuestros mayores escritores y tal vez el más universalmente querido por nosotros, que su actitud haya sido siempre solidaria con los pueblos de Latinoamérica, vuelve dignas de atención sus declaraciones, muchas veces negligentes, sobre nuestra realidad cultural. Ya que no se le puede atribuir mala fe, al menos puede suponersele cierto apresuramiento, una necesidad a ultranza de hacer causa común con los exiliados aun a riesgo de dar una imagen maniquea de la realidad, valiéndose de recursos más pasionales que científicos. Cortázar lo reconoce: «No tengo ninguna aptitud analítica: me limito aquí a una visión muy personal, que no pretendo generalizar sino exponer como simple aporte un problema de infinitas facetas». Pero pese a

este propósito explícito, Cortázar generaliza, hace del «de afuera» y del «de adentro» dos condenados sin atenuantes, acomoda la situación de todos los intelectuales residentes en Latinoamérica a los requerimientos de su artículo y, con dolor, nos aplasta de un plumazo.

El artículo se llama «América latina: exilio y literatura», y su intención general no sólo no es imputable sino que puede considerarse generosa. Postula algo así como una ética y una estética del escritor exiliado; propone la no utilización del exilio con disvalor (mera lamentación, o doloroso regodeo en la propia impotencia), sino como conversión lúcida en una acción positiva, en un estímulo creador. Que un escritor use sus palabras para impulsar a otros escritores a que escriban; eso es lo que considero un propósito generoso. Que para eso se valga de recursos lírico-demagógicos, que reemplace con retórica lo que llama falta de «aptitud analítica», no me parece siquiera justificable, sobre todo en alguien que conoce como pocos el valor y el manejo de las palabras.

Lo primero que vamos a tener en cuenta es el punto de vista del artículo. Cortázar afirma escribir desde el exilio, continuamente aporta elementos que lo ubicarían, de manera inapelable, como exiliado: «...me incluyo actualmente entre los innumerables protagonistas de la diáspora. La diferencia está en que mi exilio sólo se ha vuelto forzoso en estos últimos años (...) Al exilio que podríamos llamar físico habría de sumarse al año pasado un exilio cultural (...) Un exiliado es casi siempre un expulsado, y éste no era mi caso hasta hace poco. Quiero

¹ Naturalmente esta calificación no alcanzaría a los que Abelardo Castillo caracterizó como «inteligencia nucleada alrededor de Sur que aunque algo raleada por la Decrepitud o la Muerte, es la que hoy vuelve a representarnos, junto a Menotti ante el mundo» (Abelardo Castillo, *La década vacía*, El Ornitorrinco N.º 6). Mujica Láinez, por ejemplo, parece hallarse en un país bastante floreciente para las letras. «Estamos allí muy tranquilos (declaró en España, refiriéndose a los escritores). Estamos todos: Borges, Sábato, Silvina Ocampo, Bioy Casares, yo, todos los grandes (...). El único escritor de prestigio que no está en la Argentina es Cortázar, que hace veinte años vive en Europa». Dejando de lado que por lo menos dos de los escritores citados —Sábato y Cortázar— difícilmente suscribirían el espíritu optimista de ese párrafo, y sin poner en discusión el indudable valor literario de los escritores que, según Mujica Láinez, constituyen toda la literatura argentina, vale la pena señalar el criterio elitista y la actitud de jactarse en la propia ignorancia de lo que pasa fuera de la élite, que caracterizarían a los escritores que se «sienten bien» en épocas culturales como la que estamos viviendo.